

EL CABALLERO.

Dejadme hacer; ya le tocará su turno le tocará. Por otra parte, es mas quieto, mas flemático que vos. Necesito mas tiempo para respirar con libertad: y su juicio, sin saber yo por qué, me impone mas que el vuestro. Si tengo el capricho de cansar ó molestará uno de los dos, me decido con mas gusto en favor vuestro. Tambien creo que debeis esta lisongera distincion á la comunidad del lenguaje. Veinte veces al dia me figuro que soy frances.

EL SENADOR.

¿Como es eso, mi querido caballero, creeis que un frances tenga derecho de cansar á otro?

EL CABALLERO.

Ni mas ni menos que un ruso á otro. Pero os ruego que nos vayamos al instante, porque veo por la péndola que dentro de un momento será mañana.

VELADA SETIMA.

EL CABALLERO.

Por esta vez, señor senador, espero que prescindireis de vuestra palabra, y que nos leereis algo sobre la guerra.

EL SENADOR.

No hay inconveniente, porque este es un asunto que he meditado mucho. Desde que pienso, pienso en la guerra; este terrible asunto embarga toda mi atencion, y nunca lo he profundizado bastante.

El primer perjuicio que os diré de ella, os estrañará sin duda ninguna; mas para mí es una verdad incontestable: «Estando el hombre dotado de razon, de sentimientos y de afeccion, no hay medio de explicar cómo la guerra es humanamente posible.» Este es mi parecer muy reflexionado. La Bruyere describe en cierta parte, con toda la energia que ya le conoceis, esa grande estravagancia humana. Hace muchos años que he leído ese trozo, y sin embargo, le recuerdo perfectamente: insiste mucho sobre la locura de la guerra; pero cuanto mas loca, es tanto menos espliable.

EL CABALLERO.

Paréceme, sin embargo, que podria decirse, antes de ir mas lejos: que los reyes mandan y que es preciso marchar.

EL SENADOR.

Oh! de ninguna manera, amigo mio, os lo aseguro. En to-

das ocasiones que un hombre que no es completamente necio, os presente una cuestion como muy problemática, despues de haber pensado suficientemente en ella, desconfiad de esas soluciones repentinas que se presentan al espiritu de aquel que ó ligeramente ó no se ha ocupado absolutamente de ellas: son por lo comun simples hipótesis, sin consistencia, que nada esplican y que no resisten ante la reflexion. Los soberanos no mandan con eficacia y de un modo duradero, sino dentro del circulo de las cosas decididas por la opinion; y no son ellos quienes trazan este circulo. Hay en todos los paises cosas mucho menos violentas que la guerra y que jamás un soberano se atreveria á mandar. Acordaos de una chanzoneta que me digisteis un dia respecto á una nacion que tiene una academia de ciencias, un observatorio astronómico y un calendario falso. Me añadiais, tomándolo por lo serio, lo que habiais oido decir á un hombre de estado de ese pais: *Que no se consideraria del todo seguro en querer innovar sobre este punto; y que bajó los auspicios del último gobierno, tan distinguido por sus ideas liberales (como hoy se dice), jamás se habia intentado emprender ese cambio.* Me preguntásteis hasta qué pensaba yo de ello. Sea como quiera, ya veis que hay asuntos mucho menos esenciales que la guerra, sobre los que la autoridad conoce que no debe comprometerse; y tened en cuenta que no se trata de esplicar *la posibilidad*, sino *la facilidad* de la guerra. Para cortar las barbas, para acortar los vestidos, necesitó Pedro I de toda la fortaleza de su invencible carácter, y para conducir innumerables legiones al campo de batalla, aun en la época en que *era batido para aprender á batir*, no necesitó, como los otros soberanos, sino hablar. Hay, sin embargo, en el hombre, á pesar de su inmensa degradacion, un elemento de amor que le lleva hácia sus semejantes: la compasion le es tan natural como la respiracion. ¿Por qué magia inconcebible está siempre dispuesto á despojarse al primer golpe de caja de ese sagrado carácter para ir sin resistencia, y aun muchas veces con cierta alegría, que tiene tambien su carácter particular á hacer pedazos en el campo de batalla á su hermano que jamas le ha ofendido, y que avanza por su parte para hacerle sufrir si puede la misma suerte? Yo concebiria acaso una guerra nacional: ¿pero cuantas guerras hay de esta clase? Acaso una cada mil años: en cuanto á las otras, sobre todo entre naciones civilizadas que razonan y que saben lo que hacen, declaro que no las comprendo. Se podrá decir: *la gloria lo esplica todo*; pero en primer lugar la gloria no es mas que para los gefes; en segundo lugar, esto es rechazar la dificultad; porque yo pregunto precisamente de donde proviene esa gloria extraordinaria concedida á la guerra. A mi se me ha presentado algunas veces

una vision, que quiero participaros. Imagino que una inteligencia estraña á nuestro globo viene á él por alguna razon *suficiente*, y cuestiona con alguno de nosotros acerca del orden que reina en este mundo. Entre las cosas curiosas que se le cuentan, se le dice que la corrupcion y los vicios de que se le han instruido perfectamente, exigen que el hombre en ciertas circunstancias muera por la mano del hombre; que ese derecho de matar sin contraer un crimen, no está confiado entre nosotros mas que al verdugo y al soldado. «El uno, se añadirá, da la muerte á los culpables convencidos y condenados, y sus ejecuciones son felizmente tan raras que uno solo de estos ministros de la muerte, es suficiente para toda una provincia. En cuanto á los soldados nunca hay bastantes: porque deben matar sin medida, y siempre á gentes honradas. De estos dos *matadores* de profesion, el soldado y el ejecutor, el uno está muy honrado y lo ha estado siempre en todas las naciones que han habitado hasta hoy en el globo á que habeis venido; el otro, por el contrario, es declarado generalmente infame: adivinais sobre quien cae el anatema?»

Ciertamente que el genio viagero no vacilaria un momento; haria del verdugo todos los elogios que vos, señor conde, no habeis podido rehusarle, á pesar de nuestras preocupaciones cuando nos hablais de ese *gentil hombre*, como decia Voltaire. «Es un ser sublime, nos diria; es la piedra angular de la sociedad, puesto que el crimen ha venido á habitar vuestra tierra y que no puede ser detenido mas que por el castigo; quitad del mundo al ejecutor, y el orden desaparece con él. Y por otra parte, qué grandeza de alma! ¡qué noble desentirés no debe suponerse necesariamente en un hombre que se dedica a funciones tan respetables sin duda ninguna, pero tan penosas y tan contrarias á vuestra naturaleza! Porque yo me he apercibido desde que estoy entre vosotros, que cuando es á sangre fria os cuesta trabajo hasta el matar un pollo. Estoy persuadido pues, de que la opinion lo rodea del honor que necesita y que se le debe por tan justo titulo. En cuanto al soldado, es en toda la estension de la palabra un ministro de crueldades y de injusticias. ¿Cuántas guerras hay que sean evidentemente justas? ¿Cuántas no hay que sean evidentemente injustas! ¿Que de injusticias particulares, qué de horrores y atrocidades inútiles! Asi que, imagino que la opinion entre vosotros ha vertido justisimamente tanta infamia sobre la cabeza del soldado como de gloria ha ceñido en las sienas del impasible ejecutor de los decretos de la justicia soberana.»

Ya sabeis, señores, la verdad de todo esto, y cuanto se habria equivocado el genio! El militar y el verdugo ocupan en efecto las dos estremidades de la escala social, pero en inverso sentido de

esta bella teoría. Nada hay tan noble como el primero; nada tan abyecto como el segundo: y no haré un juego de palabras diciendo que sus funciones no se acercan sino alejándose; ellos se tocan como el primer grado en el círculo toca al 360^o precisamente porque no hay otro mas lejano (1). El militar es tan noble, que ennoblece hasta lo mas innoble que hay en la opinión general, pues que puede ejercer las funciones de verdugo sin envilecerse, y puesto sin embargo que no ejecuta sino á sus compañeros y que para darles la muerte solo se sirve de sus propias armas.

EL CABALLERO.

Ah! querido amigo, qué cosa tan importante habeis dicho! En todo pais en que por cualquier consideracion que pueda imaginarse, se llegará á hacer ejecutar por el soldado á los culpables que no pertenecieran á su profesion, en un abrir y cerrar de ojos y sin saber por qué, se veria desaparecer la aureola que rodea la cabeza del militar: se le temeria, no hay duda; porque toda persona que tiene facultad de disponer de un buen fusil provisto de una buena llave, se le tiene mucho respeto; pero ese indefinible encanto del honor desaparecería para siempre. El oficial nada sería ya como oficial: si tuviera la circunstancia del nacimiento y de las virtudes, podría ser bien considerado á pesar de su graduacion, en vez de serlo por su graduacion, él la ennoblecería, en vez de ser ennoblecido por ella; y si ese grado produjera grandes sueldos, conseguiría el premio de la riqueza, jamás el de la nobleza; pero habeis dicho, señor senador: «A pesar sin embargo, de que el soldado no ejecuta mas que á sus compañeros, y que para hacerlos morir, no emplea otras armas que las de su profesion.» Convendría añadir; y puesto que se trata de un crimen militar: cuando se trata de un crimen feo ya es negocio del verdugo.

EL CONDE.

En efecto, esta es la costumbre. Compitiendo á los tribunales el conocimiento de los delitos comunes, se les entregan los soldados acusados de esta clase de crímenes. Sin embargo, si al soberano le conviniese mandar otra cosa, estoy muy lejos de mirar como cierto que fuese lastimado el carácter del soldado; pero respecto á las otras dos cuestiones, estamos los tres muy conformes, y no dudamos que este carácter sería irremisiblemente

(1) Me parece, aunque no pueda asegurarlo, que esta feliz comparacion pertenece al marqués de Mirabeau, que tiene alguna parte en el *Amigo de los hombres*.

infamado si se precisara al soldado á fusilar al simple ciudadano ó hacer morir á su camarada por medio del fuego, ó por la cuerda. Para mantener el honor y la disciplina de un cuerpo ó de una asociacion cualquiera, las recompensas privilegiadas tienen menos fuerza que los castigos privilegiados: los romanos, el pueblo mas sensato y mas guerrero á la vez de la antigüedad, concibió una idea singular con respecto á los castigos militares de simple correccion. Persuadidos de que no podia haber disciplina donde no hubiese castigo, y no queriendo por otra parte envilecer al que daba golpes ni al que los recibia, idearon consagrar de algun modo el castigo militar: para esto escogieron un palo, el mas inútil para todos los usos de la vida, la vid; y lo destinaron únicamente á castigar al soldado. La vid, en mano del Centurion era el signo de su autoridad y el instrumento de los castigos corporales, no capitales. Las baquetas, en general, eran entre los romanos una pena reconocida por la ley (1); pero ningun hombre que no fuese militar, podia ser golpeado con la vid, y ninguna vara que no fuese de vid podia servir para golpear á un militar. No sé como semejante idea no se ha presentado al espíritu de ningun soberano moderno. Si yo hubiera sido consultado sobre este punto, mi pensamiento no hubiera recaído sobre la vid, porque nada valen las imitaciones serviles; propondría el laurel.

EL CABALLERO.

Vuestra idea me encanta, y tanto mas cuanto la creo muy susceptible de ser puesta en ejecucion. Presentaría con mucho gusto, os lo aseguro, á S. M. I. el plan de un vasto invernáculo que sería establecido en la capital y destinado esclusivamente á producir el laurel necesario para surtir de varillas de disciplina á todos los oficiales subalternos de la armada rusa. Este invernáculo estaría bajo la inspeccion de un oficial general, caballero de S. Jorge cuando menos de segunda clase, que llevaría el título de *inspector superior del invernáculo de los laureles*: las plantas no podrían ser cortadas y trabajadas sino por inválidos antiguos y de reputacion intachable. El modelo de las varillas, que deberían ser todas exactamente iguales, descansaría para servicio de las guerras en un estuche de plata sobredorada; cada varilla debería suspenderse de la botonadura de un oficial subalterno, por medio de una cinta de S. Jorge, y sobre el frontispicio del in-

(1) Le daba hasta un nombre bastante dulce, pues le llamaba simplemente *aviso de baston*; al mismo tiempo que llamaba *castigo* la pena de los azotes que tenia algo de deshonorosa. *Fustium admonitio, flagellorum castigatio* (Callistratus, in lege VII. Digest. de Pœnis).

vernáculo se leería: *es mi madera quien produce mis hojas*. En verdad que esta inocentada no sería bárbara. La única cosa que me embaraza un poco es que los caporales...

EL SENADOR.

Mi joven amigo, cualquiera genio que exista, sea de cualquier país, es imposible que pueda improvisar un código sin respirar y sin cometer una sola falta, aun cuando no se tratase sino del *código de la baqueta*; así pues, mientras que pensais en ello con mas madurez permitid que continúe.

Aun cuando el militar sea en si mismo peligroso para el bien estar y las libertades de las naciones, porque la divisa de esta profesion será siempre, poco mas ó menos la de Aquiles: *fiero nego mihi nata*; al menos las naciones mas celosas de sus libertades, jamás han pensado de otro modo que los demas hombres sobre la preeminencia de la profesion militar (1); la antigüedad no ha pensado sobre este punto de otra manera que nosotros; y es una de esas, acerca de las cuales todos los hombres han estado constantemente de acuerdo y lo estarán siempre. Ved pues el problema que os propuse: *esplicadme, ¿por qué lo mas honorifico que hay en el mundo, á juicio de todo el género humano sin escepcion, es el derecho de verter inocentemente sangre inocente?* Observad de cerca y vereis que hay alguna cosa de misteriosa é inesplicable, en el precio extraordinario que los hombres han tenido á la gloria militar; además que si no escuchamos mas que la teoria y los razonamientos humanos, seremos conducidos á ideas enteramente opuestas; no se trata pues de esplicar la posibilidad de la guerra por la gloria que la rodea: se trata ante todo de esplicar esta misma gloria, lo que no es muy facil. Quiero tambien paticiparos otra idea sobre el mismo objeto. Mil y mil veces se nos ha dicho que estando las naciones en desavenencias unas con otras en el estado de naturaleza, no podian terminar sus diferencias sino por la guerra. Mas puesto que hoy tengo el humor interrogante, preguntaré tambien «¿por qué todas las naciones han permanecido respectivas en el estado de naturaleza, sin haber hecho jamás un solo ensayo, una sola tentativa para salir de él?» Segun las locas doctrinas en que se ha mecido nuestra juventud, hubo un tiempo en que los hombres no vivian en socie-

(1) En todas partes, dice Jenofonte, donde los hombres son religiosos, guerreros y obedientes, ¿cómo no ha de ser uno justo, recto, lleno de buenas esperanzas? (Hist. græc. III, 4, 8). En efecto, estos tres puntos lo encierran todo.

dad, y á este estado imaginario, se le ha llamado ridiculamente el *estado de naturaleza*. Se añade que habiendo los hombres calculado doctamente las ventajas de ambos estados, se determinaron por el que vemos...

EL CONDE.

¿Quereis permitirme que os interrumpa un instante para paticiparos una reflexion que se presenta á mi espíritu contra esa doctrina que tan justamente calificais de loca? El salvaje tiene tal apego á sus hábitos mas brutales, que nada es capaz de desagradarle de ellos. ¿Habeis visto sin duda al principio del *Discurso sobre desigualdad de las condiciones*, la estampa grabada de acuerdo con la historieta verdadera ó falsa del Hotentote que regresa á la casa de sus iguales? Rousseau no sospechaba que ese título fuese un poderoso argumento contra el libro. El salvaje ve nuestras artes, nuestras leyes, nuestras ciencias, nuestro lujo, nuestra delicadeza, nuestros goces de toda especie, y sobre todo, nuestra superioridad, que no puede desconocer, y que sin embargo podria escitar algunos deseos en los corazones que fuesen accesibles á ellos; pero todo esto ni siquiera le mueve, y constantemente se vuelve á las guaridas de sus iguales. Si pues el salvaje de nuestros dias, teniendo conocimiento de ambos estados, y pudiéndolos comparar diariamente en ciertos países, permanece inalterable en el suyo, ¿cómo se quiere que el salvaje primitivo hubiera salido por via de deliberacion, para pasar á otro estado de que no tenia ningun conocimiento? Siendo pues, la sociedad tan antigua como el hombre, el salvaje desde luego no es, ni puede ser mas que un hombre degradado y castigado. En verdad, no veo nada tan claro para el buen sentido, que no quiere sofisticar.

EL SENADOR.

Predicais como un convertido, como dice el proverbio; os doy, sin embargo, las gracias por vuestra reflexion, pues jamás hay bastantes armas contra el error. Mas para volver á lo que decia hace un instante, de si el hombre ha pasado *del estado de naturaleza*, en el sentido vulgar de esta palabra, al estado de civilizacion, por deliberacion ó por *casualidad* (hablo todavia el lenguaje de los insensatos), ¿por qué las naciones no han tenido tanto ánimo ó tanta dicha como los individuos? ¿y cómo no han convenido jamás en una sociedad general para terminar las querellas de naciones, como han convenido en una soberania nacional

para terminar las de las particulares? Se tendrá por bueno poner en ridiculo la *impracticable paz del abate de Saint-Pierre*, (porque desde luego convengo que es impracticable); pero yo pregunto, ¿por qué las naciones no han podido elevarse al estado social como las particulares? ¿Cómo, sobre todo, la celebrada Europa no ha intentado jamás nada en este género? Esta misma cuestion dirijo en particular á los agentes con mas confianza todavia: ¿cómo Dios, que es el autor de la sociedad, de los individuos, no ha permitido que el hombre, su criatura predilecta, que ha recibido el carácter divino de la perfectibilidad, no haya tratado siquiera de levantarse hasta la sociedad de las naciones? Todas las razones imaginables para sostener que esta sociedad es imposible, militarán igualmente contra la sociedad de los individuos. El argumento que principalmente se sacaria de la impracticable universalidad, que es necesario dar á la grande soberanía, no tendría fuerza ninguna, porque es falso que ella debiese abrazar todo el universo. Las naciones están suficientemente clasificadas y divididas por los rios, por los mares, por las montañas, por las religiones, y sobre todo por las lenguas, que tienen mas ó menos afinidad. Y cuando cierto número de naciones convinieran por sí solas en pasar *al estado de civilizacion*, este seria ya de hecho un gran paso dado en favor de la humanidad. Las otras naciones, se dirá, caerian sobre ellas: ah! qué importa? Estarian siempre mas tranquilas entre sí mismas, y mas fuertes á vista de las otras; y esto les bastaba. La perfeccion no es del todo necesaria sobre este punto: esto seria aproximarse mucho, y no puedo persuadirme, que se haya jamás intentado nada en este género sin una ley oculta y terrible, que tiene necesidad de sangre humana.

EL CONDE.

Mirais como un hecho incontestable, que jamas se ha intentado esta *civilizacion de las naciones*: es cierto, sin embargo, que se ha intentado muchas veces, y aun con obstinacion; pero á la verdad, sin saber lo que se hacia; lo cual era una circunstancia muy favorable al éxito, y se estaba en efecto muy cerca de realizarse, al menos tanto como lo permite la imperfeccion de nuestra naturaleza. Pero los hombres se engañaron; tomaron una cosa por otra, y todo fracasó en virtud, segun todas las apariencias, de esa ley oculta y terrible de que nos hablamos.

EL SENADOR.

Si yo no temiese perder el hilo de mis ideas, os propondria al-

gunas cuestiones. Observad, pues, os lo suplico, un fenómeno muy digno de vuestra atencion; y es que la profesion de la guerra, como tal vez se podria creer ó temer, si la esperiencia no nos lo enseñase, no contribuye de ningun modo á degradar, á volver feroz ó duro, al menos al que la ejerce: por el contrario, contribuye á perfeccionarle. El hombre mas apreciado, es ordinariamente el militar honrado, y yo por mi parte siempre he hecho un caso particular, como os lo decia últimamente, del buen sentido militar. Le prefiero infinitamente á los largos rodeos de gentes de negocios. En el comercio ordinario de la vida, los militares son mas amables, mas asequibles, y aun muchas veces, á mi juicio, mas serviciales que los demas hombres. En medio de las turbulencias politicas, se muestran generalmente intrépidos defensores de las máximas antiguas; y lo mas sutiles sofismas se estrellan casi siempre en su rectitud: se ocupan con gusto en cosas de conocimientos útiles, de la economía política por ejemplo: la única obra, tal vez, que la antigüedad nos ha dejado sobre esta materia, es de un militar, Xenofonte; y la primer obra del mismo género que se ha señalado en Francia, es tambien de un militar, el mariscal Vauvram. La religion entre ellos se une al honor de una manera notable; y aun cuando ella tenga motivos para reprocharles graves faltas de conducta, no le rehusará su espada, si de ella tiene necesidad. Se vocifera mucho la *licencia de los campamentos*: sin duda que es grande, pero el soldado comunmente no encuentra estos vicios en los campamentos; él mismo los lleva. Un pueblo moral y austero, proporciona siempre escelentes soldados, temibles solamente en el campo de batalla. La virtud y aun la piedad se avienen muy bien con el valor militar; léjos de debilitar al guerrero, le exaltan. El cilicio no embarazaba á San Luis bajo la coraza. El mismo Voltaire ha convenido de buena fé, que un ejército dispuesto para obedecer á Dios, seria invencible. (1) Las cartas de Racine han manifestado sin duda, que cuando seguia al ejército de Luis XIV, en 1691, en calidad de historiador de Francia, nunca asistia á misa en el campo sin ver comulgar allí algun mosquetero con la mayor edificacion.

Buscad en las obras espirituales de Fenelon la carta que escribia á un oficial amigo suyo. Desesperado de que no se le hubiera empleado en el ejército como anhelaba, este hombre habia sido conducido probablemente por el mismo Fenelon al camino de la mas alta perfeccion; habia llegado *al amor puro y á la muerte*

(1) Voltaire hizo esta confesion á propósito del valiente y piadoso marques de Fenelon, muerto en la batalla de Rocoux. (*Historia de Luis XV*, tomo I, cap. XVIII.)

de los místicos. Pero, ¿creeréis tal vez que el alma tierna y amante del Cisne de Cambrai, encontrará compensaciones para su amigo en las escenas de carnicería, en las cuales no deberá tomar ninguna parte, que le dirá: *ante todo sois feliz; no vereis los horrores de la guerra y el espantoso espectáculo de los crímenes que acarrea?* Se guarda muy bien de dirigirle este concepto de pusilanimidad; por el contrario, le consuela y se aflige con él. Ve en esta privación una lamentable desgracia, una amarga cruz, propio todo para apartarse del mundo.

¿Y qué diremos de este otro oficial á quien Madama Guyon escribía, que no debía inquietarse si alguna vez le sucedía perder la misa en días de trabajo, *sobre todo en el ejército?* Los escritores, que nos cuentan estas anécdotas vivían sin embargo, en un siglo que á mi parecer era algo guerrero, lo que prueba que nada se aviene tan perfectamente en este mundo como el espíritu religioso y el espíritu militar.

EL CABALLERO.

Estoy muy lejos de contradecir esta verdad; sin embargo es necesario convenir en que si la virtud no amengua el valor militar, puede al menos prescindir de ella; pues en ciertas épocas se han vistos legiones de ateos obtener triunfos prodigiosos.

EL SENADOR.

Os suplico me digais porque, si estos ateos combatían á otros? Mas permitidme continuar. No solamente la profesion militar se une generalmente muy bien con la moralidad del hombre, sino lo que todavía parece mas extraño es, que de ningun modo amortigua las virtudes dulces que parecen mas opuestas á la profesion de las armas. Los caracteres mas dulces aman la guerra, la desean y la hacen con pasión. A la primera señal, ese amable joven educado en el horror de la violencia y de la sangre, se lanza del hogar paterno y corre con las armas en la mano á buscar sobre el campo de batalla al que él llama *enemigo*, sin saber todavía lo que es un enemigo. Ayer se hubiera encontrado de mal humor si por casualidad hubiera muerto al canario de su hermana; mañana le vereis subir sobre un monton de cadáveres, *para ver mas lejos*, como decia Charron. La sangre que corre por todas partes no hace mas que animarle á derramar la suya y la de los otros: se inflama por grados, y llegará hasta el *entusiasmo de la carnicería*.

EL CABALLERO.

Nada exajerais; antes de llegar á la edad de veinticinco años, habia visto tres veces *el entusiasmo de la carnicería*; yo mismo lo espermenté y me acuerdo sobre todo de un terrible momento en que hubiera pasado al filo de mi espada á todo un ejército, si para ello hubiera tenido poder.

EL SENADOR.

Pero si en este momento que hablamos se os propusiese oprimir la blanca paloma con la sangre fria de un cocinero, despues...

EL CABALLERO.

Alto ahí! que lastimais mi corazon.

EL SENADOR.

Ved ahí precisamente el fenomeno de que os hablaba poco ha. El espantoso espectáculo de la matanza, no endurece al verdadero guerrero. En medio de la sangre que él hace correr, es humano, como es casta la esposa en los transportes del amor. Luego que envaina su espada, la santa humanidad recupera sus derechos, y tal vez los sentimientos mas exaltados y mas generosos se encuentran en los militares. Recordad, caballero, el gran siglo de la Francia. Entonces la religion, el valor y la ciencia estaban puestos, por decirlo asi, en equilibrio; de él resultó este bello carácter que todos los pueblos saludaron por una aclamacion unánime como el modelo del carácter europeo. Separad el primer elemento, es decir el conjunto, y entonces toda la belleza desaparece. No se conoce bastante cuan necesario es este elemento para todo, y el gran papel que desempeña allí donde los observadores ligeros podrian creerlo extraño. El espíritu divino que endulzaba hasta los castigos de la eterna justicia, y la *guerra europea* quedarán siempre gravados en los anales del universo. Se mataba, sin duda, se quemaba, se saqueaba, y aun si quereis se cometían mil y mil crímenes inútiles; pero al menos se comenzaba la guerra en el mes de mayo, se terminaba en el mes de diciembre, se dormía entre sábanas; el soldado solamente combatía al soldado. Jamas estaban las naciones en guerra, y todo lo que es debil, era sagrado á traves de las escenas lúgubres de este rio devastador.